



CONFUNDEN ascensos con sentimientos, resentimientos y necesidad. En su trabajo, se comprometen desde la cabeza a los talones.

Por lo menos, las cuatro mujeres que entrevistó David Benavente para su documento sobre la importancia del trabajo en el ser humano.

"Homo Faber" son once relatos personales sin conclusiones ni análisis del dramaturgo y sociólogo.

Dialogan dos decoradoras:

—Tenemos una necesidad interior de ser juálquier cosa menos mediocre.

—A ella le da rabia y a mí me da pena cometer un error. El costo de la rabia es positivo: sigues lanzando cosas con energía. Con la pena sólo dan ganas de llorar.

—Autoexplotación ciento por ciento pero nadie se está quedando con la plusvalía.

—En un momento de euforia nos ampliamos, precipitadamente, pero nos desinflamos sin ningún problema.

—Ser mujer da mucha más flexibilidad. Puedes jugar distintos roles... de hija, de hermana, de coqueta. Cuando la situación se pone crítica salen a relucir los mandos.

—Los hombres establecen una sola posición. Ni siquiera se permiten la expresión de su efectividad. Sus relaciones de trabajo están basadas fundamentalmente en la competencia y el sufrimiento.

En el libro hay personas y personajes reconocibles. Pero no es lo que interesa sino el enfrentamiento, por ejemplo, de una actriz con su público.

—Me eligieron de protagonista y yo les dije que tenía que pensarla, para hacerme la chora. Me fui completamente histérica y me senté frente al mal enfermo de los nervios.

—Fue una excelente oportunidad para independizarme de mi familia. Tener un trabajo y algo de plata para comprar mi propia metro cuadrado de libertad. Si eso es surgir, surgi de la noche a la mañana.

—Me esfuerzo el doble para sobrepasar el mito de que soy exclusivamente un símbolo sexy.

—También se junta la necesidad de exhibirse que muchos malinterpretan como mera vanidad. Es entrega en el sentido de sacrificio.

—Salí de la agonía, pero... shhhhh... no refería nada. Un gravísimo caso de pérdida de memoria. No refería ni siquiera una frase. Me integré a los ensayos

¡CUIDADO!



MUJERES TRABAJANDO

ocultando el problema.

—Estaba clarísimo que si no podía actuar de nuevo me iba definitivamente al hoyo.

—Tal vez sea una obsesión pensar que uno valga exclusivamente por su trabajo, pero en mí es como una fuerte necesidad de ser utilizable, en el buen sentido de la palabra.

Recuperé la memoria justo una semana antes del estreno.

—Cada día estoy más convencida que el teatro es música para mí.

Otra mujer chilena, otra experiencia:

—En esos años conocí a Peto. "Ahora que nos vamos a casar, no quiero que trabajen", me dijo. Me salió sumamente

—Vendimos un montón de cosas y partí a Estados Unidos. "No se preocupe, mi hija. Después le mando el pasaje para que se vaya con los niños". Pasaron uno, dos, tres meses.

—Llegué al aeropuerto de Los Angeles y casi no reconocí a mi marido. ¡Estaba horrible! Sin un centavo y sin pego más encima.

—El lunes no conseguí nada, pero el martes sí y ahí me atiné. Si, yo nunca había visto una máquina de coser industrial en mi vida. Opté por

decirle al dueño: "Mire, tengo mucha necesidad. Si quiere no me paga, pero dígame aprender..."

—Me pagaban a trato; entonces con una argentina, volábamos:



conversábamos como loros y nos contábamos chistes pero éramos las más rápidas y prolíjas. ¡Jocábamos los mejores cheques de toda la fábrica!

—¿Qué iba a encontrar trabajo el Peto, si buscaba la Gerencia General de la General Motors?

—No comprábamos ni un huevo para no bolar la óscara. Pagamos las deudas y les mandamos los pasajes a los niños. La menorcita no me reconoció en el aeropuerto. Lo primero que hice fue vestirla y cortarle el pelo igual a los gringos para que se integraran.

—Comencé a conseguir ropa de segunda y partía a venderla a las cinco de la mañana al mercado.

—Aparecieron unas financieras que ofrecían préstamos para muebles. En vez de muebles, di el pie de una casa.

—Me faltaba poco para cumplir cinco años y sacar un bono de reconocimiento que era un montón de plata, cuando me bajó un verdadero pánico de dejar a los niños solos con una baby siter. Dejé la paga y perdí el bono.

—Empecé a conversar con la almohada la idea de poner mi propia fabricueta de costura.

—Llegamos a tener diez máquinas en la casa: en los dormitorios, adentro del closet, en la cocina.

—Peto quiso dejar su pego para trabajar conmigo. Yo no quería: verlo venir el desastre, pero no hubo caso. El matrimonio y la sociedad se fueron al tacho juntos.

—Encontré un local mínimo y con las cuatro maquinillas comencé de nuevo, pero un día llega un inspector. El desgraciado de Peto me había dejado las máquinas que no estaban pagadas. Me prestaron la plata para arrendar una.

—Entre paréntesis, los hombres son buenísimos operarios porque no se enferman, no tienen que llevar los niños al doctor, no les duele la cabeza y son mucho más sumos.

—Cuando se casaron los niños tiré la casa por la ventana. No me iba a estar fijando en gastos después de todas las pellejeras. Los más espantados eran mis yernos. Los gringos no están acostumbrados a estos casos.

—El trabajo es lo que me ha dado independencia económica y personal. ¿Qué habría sido de mi vida sin trabajar? Habría tenido que depender de otra persona toda mi vida. ¡Qué horror!

Cuidado! mujeres trabajando [artículo].

Libros y documentos

AUTORÍA

Benavente, David, 1941-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cuidado! mujeres trabajando [artículo].

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile